

LA COMÉDIATHÈQUE



¡BIENVENIDOS A BORDO!

JEAN-PIERRE MARTINEZ



COMEDIATHEQUE.NET

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

¡Bienvenidos a bordo!

Jean-Pierre Martinez

Si la vejez es un naufragio, la vida bien puede compararse con un crucero a bordo del Titanic. Unos toman el sol en sus tumbonas de cubierta mientras otros reman en la bodega. Pero todos acabaremos sirviendo de alimento a los peces. Así que, mientras esperamos el inevitable encuentro con un iceberg, quienes puedan permitírselo harán bien en brindar al son de la orquesta, haciendo tintinear los hielos de su copa.

Una comedia con grandes dosis de humor negro. La primera sitcom metafísica ambientada en una residencia de mayores con atención médica.

Los jóvenes

Natalia: directora

Roberto: médico

Cristina: hija de Blanca

Álex: pareja de Cristina (hombre o mujer)

Carolina: auxiliar de enfermería

Los viejos

Blanca: nueva residente

Gonzalo: residente

Dani: residente (hombre o mujer)

María: residente

Pilar: residente

El reparto es muy flexible y permite montar la obra con entre ocho y diez intérpretes.

Mañana

Una sala común, amueblada principalmente con cuatro sillones y una mesa baja. Todo recuerda a una sala de espera algo anticuada. Dos personas de entre cuarenta y cincuenta años, Álex y Cristina, esperan. Álex puede ser un hombre o una mujer de aspecto o estilo algo masculino; en ambos casos forman pareja. Álex consulta el correo en el móvil. Cristina hojea nerviosamente una revista que ha cogido al azar de la mesa.

Cristina – Espero que nos la admitan, porque, si no, no sé qué demonios vamos a hacer con ella...

Álex – Parece que hables de un perro que quieres dejar en una protectora antes de irte de vacaciones...

Cristina – Estoy segura de que en Madrid es más fácil encontrar una residencia para perros... Y, desde luego, debe salir más barata que una residencia privada de ancianos. En fin, esta es nuestra última oportunidad, te lo digo en serio. No podemos meter la pata.

Álex – Habrá más residencias, digo yo...

Cristina – ¡La han echado de todas las que hay en cincuenta kilómetros a la redonda! Tampoco vamos a ingresarla en un pueblo perdido de Extremadura. ¿Te imaginas el viaje cada vez que vayamos a verla...?

Álex (*sin dejar de teclear en el móvil*) – Mmm...

Cristina – ¡Deja el móvil de una vez! ¡Parece que estoy hablando con mi madre!

Álex – ¿Tu madre tiene móvil?

Cristina – Mi madre... Ni siquiera necesita un móvil para poner cara de zombi cuando le hablas.

Álex guarda el móvil a regañadientes, echa un vistazo al lugar y finge interesarse.

Álex – No tiene mala pinta, ¿verdad?

Cristina – Tampoco es que podamos elegir mucho.

Álex – ¿Qué te dijo la directora? ¿Que tenía una plaza?

Cristina – Que estábamos en lista de espera... Pero que, por desgracia, confiaba en que pronto quedara alguna libre.

Álex – ¿Por desgracia...?

Cristina – Y tú, ni una salida de tono, ¿eh? Esto es un centro católico... No son unos fanáticos, pero mejor no tentar a la suerte.

Álex – Entendido. Nada de mencionar que tu madre es judía.

Cristina – A saber si se acuerda siquiera... En la familia nunca hemos sido muy practicantes.

Álex – Hombre, supongo que se acordará. No es algo que se olvide tan fácilmente...

Cristina (*tajante*) – ¡Pues sí, se olvida!

Entra Natalia, la directora, una mujer de entre treinta y cuarenta años, con el aspecto de una pija católica un tanto estirada.

Cristina – ¡Ah, buenos días, señora directora!

Natalia – Disculpen que les haya hecho esperar.

Cristina – ¡Nada, por favor! Le presento a Álex, mi... pareja.

Álex estrecha la mano de Natalia con una cordialidad un tanto forzada.

Natalia – Natalia San Miguel.

Álex – ¿Como la cerveza?

Natalia – Antes de ser una marca de cerveza, San Miguel ya era un santo, ¿sabe?

Álex – San Miguel, claro, naturalmente.

Cristina le dirige una mirada horrorizada y se apresura a ir al grano.

Cristina – Pues quizá haya escuchado nuestras plegarias... Espero que tenga buenas noticias para nosotros, señora directora.

Natalia – Sí, sí, estén tranquilos... Aunque, cuando digo buenas noticias... Ya se sabe: el mal de unos...

Cristina – No se imagina qué alivio supone para nosotros... Gracias por darle otra oportunidad.

Natalia – Es verdad que tiene bastante... energía. Pero a su edad siempre es mejor eso que lo contrario, ¿no creen?

Álex – En tiempos de mis padres no eran así... Eran mucho más... dóciles. En fin, será cosa de las nuevas generaciones.

Natalia – Las últimas secuelas del Mayo del 68, seguramente.

Cristina – Eso sí, no dude en ponerse firme con ella desde el primer día, ¿eh? Hay que marcarle los límites enseguida. Si no, no habrá quien pueda con ella, créame.

Natalia – No se preocupe, estamos acostumbrados. Al fin y al cabo, es nuestro trabajo. Estará muy bien aquí.

Álex – Oh, si no era por ella por quien estábamos preocupados, se lo aseguro...

Natalia – Bueno, pues ya pueden hacerla pasar.

Cristina – ¿Vas a buscarla, Álex?

Álex – Por supuesto.

Cristina – Entonces, ¿pueden quedarse con ella desde esta misma noche?

Natalia – Si ha traído sus cosas... El resto ya pueden traerlo otro día.

Cristina – Naturalmente, le hemos preparado la maleta por si podían quitárnosla de encima enseguida... Quiero decir, por si podían admitirla enseguida.

Álex vuelve llevando una maleta en una mano y a Blanca, una anciana, de la otra.

Natalia – Blanca, le doy la bienvenida a la residencia de mayores Los Pinos.

Blanca – Ya decía yo que esto olía a pino... y a caja de pino.

Natalia (*con afable severidad*) – Pero tendrá que portarse bien si quiere quedarse con nosotros, Blanca, ¿de acuerdo? Por lo que he podido leer entre líneas en su expediente, tiene usted un carácter algo... incendiario.

Cristina – ¿Has oído lo que ha dicho la señora, mamá?

Álex – Nada de prenderle fuego a Los Pinos, como hizo con Las Acacias. (*A Natalia*) Era la residencia de la que acaban de expulsarla por motivos disciplinarios...

Natalia parece sorprendida. Cristina fulmina a Álex con la mirada.

Cristina – Nunca se demostró oficialmente que ella provocara aquel conato de incendio. Pero, en fin... Basta con no dejarle jugar con cerillas.

Natalia – En cualquier caso, gracias por avisarme.

Cristina – Por lo demás, ya verá que también puede ser encantadora. Muy sociable. Y hasta divertida, a veces.

Álex – El sentido del humor es muy importante.

Cristina – Ya verá, le dará más de una sorpresa.

Natalia – Lo cierto es que han tenido suerte. Hace un mes no teníamos ni una plaza libre... Y ahora han quedado tres vacantes casi seguidas.

Cristina – Ah, sí, qué curioso...

Natalia – Las desgracias nunca vienen solas... Pero ¿qué se le va a hacer? El Señor los ha llamado a su lado.

Álex – Esperemos que allí arriba tampoco tengan todas las plazas ocupadas.

Cristina le lanza una mirada asesina.

Natalia – San Pedro también tiene sus listas de espera para los casos dudosos, ¿saben? Nosotros lo llamamos purgatorio.

Blanca – Yo creía que se llamaba Los Pinos.

Cristina – Vamos, mamá, esto es una residencia de mayores con atención médica.

Natalia – Y dígame, Blanca... Su hija me ha contado que usted era actriz, ¿verdad? Bueno, quiero decir... antes.

Cristina – Actriz, ya verá... Por desgracia, todavía le queda algo de aquello.

Álex – Lo que pasa es que, ahora, incluso en la vida real se le olvidan algunas frases del guion. ¿A que sí, Blanca?

Blanca – O sea, que si me muero, ¿no podrán enterrarme con los demás?

Cristina – ¿Pero a qué viene eso ahora, mamá?

Blanca – Vosotros, los católicos, no dejabais enterrar a los actores en vuestros cementerios, ¿no?

Natalia – La Iglesia ha evolucionado mucho en ese aspecto, Blanca. Como en tantos otros... Hoy consideramos que hasta un mal actor puede ser un buen católico.

Blanca – ¿Hasta los judíos?

Álex – Vamos a ver, Blanca, de momento nadie ha hablado de entierros.

Cristina – Además, tú solo eres judía por parte de padre. Eso no cuenta.

Blanca – Pues la Gestapo no opinaba lo mismo durante la guerra.

Cristina – No le haga caso. Se pasó toda la guerra en una granja, en casa de su abuela materna, en el sur de Francia. Los únicos nazis que ha visto son los de las películas de la tele. Pero siempre tiene que exagerar... ¡Las actrices!

Blanca (*a Natalia*) – Usted no será de la Gestapo, ¿verdad?

Cristina – ¡Por favor, mamá! Ya ves que la señora no es de la Gestapo. Y estoy segura de que, si hiciera falta, en una urgencia no te negaría la extremaunción.

Álex – ¡Pero si está usted como una rosa, Blanca!

Cristina – Esta nos entierra a todos, ya se lo digo yo.

Silencio incómodo.

Álex – Bueno, pues eso...

Cristina – Bueno... En fin...

Álex – Será mejor que nos vayamos, ¿no, Cristina? Antes de que la señora directora cambie de opinión...

Cristina – Ahora que sabemos que mi madre está en buenas manos.

Natalia – No se preocupen. Todo irá bien.

Cristina – Venga, adiós, mamá. Vendremos a verte pronto, ¿de acuerdo?

A pesar de todo, está muy emocionada y besa a su madre. Álex hace lo mismo.

Álex – Adiós, Blanca. Y pórtese bien...

Cristina – Muchas gracias otra vez. ¡Y hasta pronto!

Cristina y Álex se escabullen discretamente. Blanca los ve marcharse sin inmutarse. Luego se vuelve hacia Natalia.

Blanca – ¿Quién era esa? ¿Por qué me llama mamá?

Natalia la mira, algo incómoda.

Natalia – Pero, Blanca, si era Cristina, su hija.

Blanca – ¡Claro! La estaba tomando el pelo...

Natalia (*aliviada*) – Venga, acompáñeme y le enseñaré su habitación.

Natalia coge la maleta y empiezan a alejarse.

Blanca – Al otro, en cambio, con esa cara de hipócrita, no lo recuerdo de nada... ¿Quién es? ¿Mi yerno... o mi nuera?

Natalia la observa, sin saber si vuelve a bromear. Salen.

Entra María, una anciana que avanza a paso de tortuga, quizá ayudándose de un andador. Se sienta en un sillón y empieza a leer una revista, Tu Tiempo. Llega otra persona mayor, Dani, que puede ser hombre o mujer y se encuentra en un estado igual de lamentable.

María – Buenos días, Dani. ¿Qué tal va la mañana?

Dani – Ay, María... Ya sabe lo que dicen: pasados los ochenta, si una mañana se despierta y no le duele nada, es que ha muerto.

María – Qué gran verdad... Por cierto, ¿se ha enterado de lo de Adela?

Dani – ¿Adela? No. ¿Le ha pasado algo?

María – Vaya si le ha pasado... Y ha sido lo último que le va a pasar. ¡Se ha muerto!

Dani – ¿No me diga? ¿Ha muerto Adela?

María – Mientras dormía. Esta mañana la han encontrado en la cama, tiesa como un palo.

Dani – ¡Vaya por Dios! Y yo la vi anoche. ¡Hasta le di las buenas noches!

María – Pues le sentaron fatal, Dani. Si nos cruzamos esta noche, hágame el favor de no desearme buenas noches.

Dani – Pero si usted aún es joven, María. ¿Cuántos cumple ya?

María – Voy camino de los noventa y seis. Despacito, pero voy.

Dani – Fíjese, yo pensaba que era más joven que yo.

María – Sí... Algún día tenía que pasar.

Dani – ¿El qué?

María – ¡Lo de Adela! Que tenía ciento tres años, oiga.

Dani – Acabábamos de celebrar su cumpleaños.

María – Ni se veía la tarta debajo de tantas velas.

Dani – ¿Y qué se puede esperar todavía de la vida a los ciento tres años?

María – Aparte de salir en el libro *Guinness de los récords*...

Dani – De todos modos, impresiona.

María – Qué quiere que le diga... Nadie es eterno.

Dani – Todavía no, por desgracia.

María – ¿Todavía no?

Dani – ¿No ha leído ese artículo de *Tu Tiempo*?

María – ¿Qué artículo?

Dani – El de una especie de medusa que nunca se muere.

María – ¿Medusas?

Dani – La *Turritopsis nutricula*.

María – ¿Una tostada con Nutella?

Dani le coge la revista, busca el artículo y lo encuentra.

Dani – Escuche esto. (*Lee.*) «Según los científicos, es el único ser vivo conocido hasta hoy que sería inmortal. Esta medusa tiene la capacidad de transformar sus células envejecidas en células nuevas, conservando así una juventud eterna. Hasta hace poco desconocidas, estas medusas habitan en aguas profundas. Como nunca mueren, se multiplican por todos los océanos, provocando una alarma casi sobrenatural en la comunidad científica. Tanto es así que un especialista ha declarado: “El mundo debe prepararse para hacer frente a esta invasión silenciosa”».

María – ¿Una invasión? ¿Y cómo se llama el tipo que ha visto a esos invasores? ¿David Vincent?

Dani – ¿Se da cuenta? Quizá un día, si nos injertan un par de genes de ese bicho, ¡también nosotros podamos ser inmortales!

María – O quizá nos metan a criar en peceras para preparar sushi siempre fresco. Por lo visto, a los japoneses les vuelve locos el sushi de medusa.

Dani – A lo mejor por eso viven tantos años.

María – ¡Baje de las nubes, Dani! Llevan años repitiéndonos que el sistema de pensiones está en quiebra por culpa de tantos centenarios. ¡Para ellos los invasores somos nosotros! ¡Los viejos! ¿Y usted cree que van a injertarnos células de medusa para que vivamos eternamente?

Dani – Bueno, soñar es gratis. A nuestra edad es de lo poco que nos queda, ¿no?

María – Soñar con convertirme en un ectoplasma... ¿Y cómo es una medusa?

Dani – ¿Cómo dice?

María (*en voz más alta*) – ¡Que cómo es una medusa!

Dani – Blanda, flácida... Ve fatal, no oye nada y resulta bastante irritante.

María – Entonces aún hay esperanzas para usted, Dani. A lo mejor ya le han injertado un buen trozo sin decírselo.

Dani – Ay, María... Siempre con una ocurrencia.

María vuelve a su revista mientras Dani se acomoda en un sillón. Entra Pilar, otra anciana tan deteriorada como los otros dos.

María – Mira, por ahí viene Pilar.

Dani – ¡Buenos días, doña Pilar! ¿Ha dormido bien?

María – Le sienta muy bien ese peinado nuevo, Pilar.

Pilar – ¿Cómo?

María (*más alto*) – ¡Que le sienta muy bien ese peinado nuevo! (*A Dani.*) No la soporto.

Dani – Pues parece que ella tampoco la oye.

Pilar se quita un auricular que llevaba puesto.

María – Si encima se quita el audífono, vamos listos...

Pilar – ¡No es un audífono! Es el iPod que me regaló mi nieto por mi cumpleaños.

Dani – Ah, vale...

María – ¿Y qué es un iPod?

Dani – Ni idea.

Pilar – ¿Os habéis enterado de la nueva?

María – ¿Qué nueva?

Dani – ¿Qué ha pasado?

María – ¿Ha pasado algo?

Dani – Aquí nunca pasa nada.

Pilar – ¡La nueva! ¡La que acaba de llegar!

María – Ah, la que sustituye a Adela.

Pilar – ¿Se ha ido Adela?

María – Sí, y esta vez para siempre.

Dani – Y con muchas prisas.

María – Ni siquiera pasó por recepción para avisar de que se marchaba.

Dani – La verdad es que últimamente ya tenía algunas ausencias.

María – Pues esta ha sido su ausencia definitiva.

Dani – Se ha muerto.

Pilar – ¿Se ha muerto Adela?

Dani – Esta noche, dicen... Y pensar que la vi ayer por la tarde. Hasta le deseé...

María – Mira, ahí la tenemos, precisamente.

Pilar – ¿A Adela?

Dani – ¡A la nueva!

Pilar – ¿Y cómo sabéis que es nueva?

María – ¡Porque no la habíamos visto nunca, mujer!

Entra Blanca. Los otros tres la reciben con una amabilidad un poco forzada.

Dani – Buenos días, señora. Bienvenida entre nosotros.

Blanca (*malhumorada*) – Mmm...

Dani – Siéntese un ratito con nosotros.

Dani se levanta para acercarle otro sillón, pero Blanca ocupa el suyo. María y Pilar se miran, preocupadas. Dani se vuelve y descubre que Blanca le ha quitado el sitio.

Dani – Verá... es que ahí me siento yo.

Blanca – Pues no he visto su nombre escrito en el respaldo.

Dani se queda sin saber qué hacer. Blanca no se mueve.

María – Es su sillón de toda la vida.

Blanca – Cambiar de sillón en una residencia es como cambiar de tumbona en el Titanic, ¿no?

Pilar – Yo estuve allí...

Blanca – ¿Dónde?

Pilar – ¡En el Titanic!

Dani – Como le dé cuerda con eso, no acabamos nunca.

María – No se acuerda de lo que ha desayunado hoy, pero puede contarle con todo detalle cómo se hundió el Titanic.

Dani – Incluido el menú de la cena del capitán y el repertorio de la orquesta.

Blanca – ¿En el Titanic? ¿Y cuántos años tenía usted?

Pilar – Tres meses. Cuando se pierde la memoria, ¿sabe?, son los recuerdos más antiguos los que vuelven a flote.

María – Dentro de un año o dos podrá contarnos hasta cómo fue el parto de su madre.

Blanca – Y en su lecho de muerte nos describirá cómo la engendraron sus padres.

Dani – ¿Han oído hablar de las medusas inmortales?

Blanca – La *Turritopsis nutricula*...

Dani (*a Pilar*) – Sale en *Tu Tiempo*. Y miren esto: si contestas tres preguntas sobre medusas, puedes ganar un crucero. Por sorteo, claro...

Pilar – ¿Un crucero? ¿En barco?

Blanca – ¡Pues claro que en barco! ¡Un crucero! ¡No en autocar!

María examina la revista.

María – Nadar entre medusas... Desde luego, como crucero temático es original. ¿Usted sabe nadar?

Pilar – A mí no me importaría hacer otro crucero. Me gustó mucho.

Blanca – ¿Ya ha hecho algún crucero?

Pilar – ¡Claro! ¡En el Titanic!

Entra Gonzalo, un anciano muy elegante.

Gonzalo – ¡Buenos días a todos! Señoras, mis respetos matutinos...

A excepción de Blanca, los otros tres se animan ante la llegada de este viejo galán, mejor conservado que los demás y que, evidentemente, no les resulta indiferente.

Pilar – ¡Buenos días, capitán!

Gonzalo – Ah, veo que tenemos una nueva compañera... Permítame presentarme: Gonzalo de Jijona.

Blanca – Blanca... de Burgos.

María – Pues yo soy María... de toda la vida.

Gonzalo – De Jijona es mi apellido.

Dani (*servicial*) – Gonzalo es barón.

Blanca – Pues a mí me parece más bien cabrón.

Gonzalo – Le repito que mi apellido es De Jijona.

Blanca – Sí, ya me he enterado. ¡No me toque usted los turrónes, De Jijona!

Los demás parecen bastante escandalizados.

María – Vamos, Blanca, Gonzalo fue capitán del ejército.

Pilar – Mandaba un barco.

Gonzalo – Fui capitán de infantería.

Blanca – Ah, militar... Ahora entiendo que esté usted menos destrozado que los demás: no ha trabajado en su vida.

Gonzalo – Me retiré del servicio activo a los cuarenta y ocho años. Una de las ventajas del ejército.

Blanca – Entonces aquí se sentirá como en el cuartel, ¿no?

Entra Carolina, una auxiliar de enfermería de unos treinta años, con bata blanca y aspecto de auténtica explosión de sensualidad.

Gonzalo – ¡Ah, Carolina! Qué alegría verla. Aunque he de confesar que no le viene nada bien a mi tensión arterial...

Carolina – Vamos, capitán, no querrá que le rompa el corazón.

Gonzalo – Desgraciadamente, llega una edad en que esas expresiones vuelven a tener un sentido literal.

Carolina – Veo que ya ha hecho amistades, Blanca. Estupendo... Blanca ocupará la habitación de... de una residente que, por desgracia, acaba de dejarnos.

Blanca – Qué suerte la suya... ¿Consiguió escaparse?

Carolina – Algo así. ¿Tiene todo lo que necesita en su habitación? Si le falta algo, no dude en pedírmelo.

Blanca – Pues mire... He empezado a cavar un túnel, pero me he topado con una losa de hormigón. ¿Podría conseguirme un martillo neumático?

Carolina – ¡Ay, Blanca! Presiento que con usted no nos vamos a aburrir... Bueno, ya va siendo hora de prepararse para la comida.

Blanca – ¿Para comer? ¿A las diez y media? ¡Si acabo de tomarme el café!

Carolina – ¡A quien madruga para comer, la tarde le ayuda! Es el lema de la casa.

Blanca – Menuda gilipollez de lema...

Pilar – Comemos a las doce.

María – A nuestra edad necesitamos una hora como mínimo para hacernos a la idea de que vamos a comer... y una buena siesta de dos o tres horas para hacer la digestión antes de cenar.

Dani – Se nos pasan los días volando.

Gonzalo – Comerá usted a mi mesa, Blanca, ¿verdad? Así podremos conocernos mejor.

María – ¿A nuestra mesa?

Dani – ¿A la mesa del capitán?

Gonzalo – Bueno, ahora que Adela nos ha dejado hay una silla libre, ¿no?

Pilar – Verá, es que... yo pensaba ocuparla.

Dani – Eso habíamos acordado.

María – Hay una lista de espera.

Gonzalo – Pues alguna de ustedes cederá su sitio a Blanca, ¿no? Es nuestro deber hacer que se sienta bienvenida entre nosotros.

Los demás fulminan con la mirada a Blanca. Gonzalo le ofrece el brazo y Blanca lo acepta, aunque solo sea por fastidiarlos.

Gonzalo – ¿Me permite?

Gonzalo sale del salón llevando a Blanca del brazo.

María – Primero le quita el sillón a Dani. Y ahora nos quita el sitio a la mesa del capitán.

Pilar – Dicen que antes era actriz.

María – Ya sabemos lo que significa eso...

Dani – ¿Qué significa?

María – Actriz, dice... ¡Ya, ya!

Pilar – Esa no va a durar mucho aquí.

Los residentes están a punto de abandonar la sala cuando Dani, mientras recoloca su sillón, encuentra algo en el suelo.

Dani – ¿Y esto qué es?

Pilar – A ver...

María – No me suena de nada.

Dani – ¿Un termómetro de usar y tirar?

María – No se parece a nada que me hayan metido nunca por el culo.

Pilar – ¿Un termómetro? No marca ninguna temperatura.

Dani – ¿No será un juguete sexual?

María – ¿Y si fuera una prueba de embarazo?

Dani – Ah, pues sí... Tiene dos rayitas.

Pilar – ¿Dos rayitas? ¿Eso quiere decir que alguien está preñada?

María – Vaya usted a saber.

Dani – Es la primera vez que veo una cosa así.

Pilar – En nuestros tiempos no hacían falta esos cacharros para saber que teníamos un bombo.

Dani – Necesitaríamos las instrucciones.

María – O preguntarle a alguien.

Dani – ¿Quién puede estar embarazada aquí?

Pilar – En una residencia de ancianos se descarta a bastante gente de entrada.

María – Quedan las auxiliares y la directora.

Dani – ¿Y quién será el padre?

Entra Roberto, un médico italiano muy atractivo, de unos treinta años, con una sonrisa seductora.

Roberto – ¡Buenos días a todos! ¿Cómo estamos esta mañana?

Dani – Vamos tirando, doctor.

Roberto – ¿Y ustedes, señoras? ¡Pero qué color tan saludable tienen! ¡Parecen unas jovencitas! ¿Cuál es el secreto de su eterna juventud?

Pilar – Nos han injertado células de medusa.

María – No se acerque mucho, que le podemos picar. ¡Somos muy urticantes!

Roberto – ¿Y qué tal esa cadera nueva, María?

María – Ahí vamos...

Roberto – Entonces, ¿nos animamos con la otra? Ahora mismo tenemos las prótesis de cadera en oferta en mi clínica privada: la segunda, a mitad de precio. Pero decídanse pronto, señoras.

Pilar – A nuestra edad, ya sabe...

María – Es como con un coche viejo.

Dani – Hay que pensárselo dos veces antes de meterse en más reparaciones.

María – Cambias los frenos y a la semana siguiente se rompe el motor.

Roberto – Pero si salta a la vista que a ustedes todavía les queda mucha marcha. ¡Conservan la carrocería como un Ferrari!

Los residentes empiezan a ponerse lentamente en movimiento para marcharse.

Pilar – Por desgracia, somos más bien coches de época que nadie se atreve ya a sacar del garaje.

María – No sea que se averíen en cuanto doblen la esquina.

Dani – Qué le vamos a hacer. Ya hemos dado de sí todo lo que podíamos.

María – Por lo menos nosotros hemos podido disfrutar un poco del mercado de segunda mano antes de acabar en este desguace.

Dani – Ustedes, con sus cuarenta y cinco años de cotizaciones obligatorias, pasarán directamente del colegio al trabajo y del trabajo a la residencia.

Pilar – O del trabajo al cementerio, así sale todavía más barato.

María – Además, con tantos años de carrera de Medicina no habrá empezado a cotizar muy pronto.

Dani – Al menos usted no tendrá que ir muy lejos para pasar al otro lado de la barrera.

Pilar – Y a esto lo llaman «dependencia». Como si trabajar diez horas al día para un jefe durante medio siglo fuera la libertad.

Los residentes se marchan, dejando a Roberto algo desconcertado.

Roberto – ¡Eh, que no pretendo echarlos!

Dani – Ya casi es hora de comer.

María – Vamos a arreglarnos un poco, a ver si quedamos medianamente presentables.

Pilar – Y así no les quitamos el apetito a los demás.

Dani – Bastante poco apetecible es ya lo que nos ponen en el plato.

Roberto – Bueno... ¡Pues que aproveche!

Salen los residentes. Entra la directora.

Natalia (*preocupada*) – Ah, Roberto, precisamente quería hablar con usted.

Roberto se le acerca e intenta abrazarla.

Roberto – ¡Está usted guapísima esta mañana, Natalia!

Natalia (*apartándose*) – Vamos, Roberto, compórtese. Podrían vernos.

Roberto – ¿Y qué más da? Si vamos a casarnos.

Natalia – Todavía no es oficial.

Roberto – Nos queremos, eso es lo que importa. Y ya se lo he dicho: ¡con su residencia y mi clínica privada nos vamos a forrar, Natalia!

Natalia – Desde luego... Aunque lo primero sea velar por la felicidad de nuestros queridos mayores.

Roberto – Naturalmente, faltaría más. Pero ¿qué era eso tan importante que quería decirme, querida?

Natalia – Bueno... Es un poco delicado. Todavía no estoy del todo segura.

Roberto – ¿Está libre para cenar?

Empiezan a salir juntos.

Natalia – Ya hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

Salen.

Oscuro.

Tarde

En el salón, Dani ha recuperado su sillón y observa a Pilar, que teje con aire malhumorado.

Dani – Venga, Pilar, no ponga esa cara. Estoy seguro de que pronto volverá a quedar una plaza libre en la mesa del capitán.

Pilar – Más le vale.

Dani – ¿Qué está tejiendo? ¿Una bufanda?

Pilar – Es una sorpresa.

Dani – ¿Y para quién?

Pilar – A lo mejor para usted...

Entran Blanca y Gonzalo.

Dani – ¿Qué le ha parecido el restaurante, Blanca?

Blanca – ¿El restaurante? No sé. Yo he comido en el comedor.

Gonzalo – Aquí lo llamamos «restaurante».

Blanca – Pues hace mucho que usted no pisa uno. (*A Pilar.*) ¿Y qué está tejiendo la merluza esa? ¿Una red? ¿Piensa salir a pescar tiburones?

Dani – Creo que es una bufanda.

Blanca – Espero que no sea para mí.

Pilar – Nunca se sabe...

Dani – Es una sorpresa.

Gonzalo – Pues a mí me parece más bien una soga, ¿no?

Dani – ¿Una soga de lana?

Gonzalo – Al menos, quien se ahorque con ella no tendrá que preocuparse por coger un resfriado.

Entra Carolina con el último número de Tu Tiempo.

Carolina – Aquí tienen algo para leer... El último número de *Tu Tiempo*, como todos los miércoles.

Blanca se apodera de la revista, para disgusto de Dani, que ya iba a cogerla.

Blanca – ¡Por fin voy a saber si he ganado!

Carolina se pone a hacer un poco de limpieza.

Carolina – Qué bonito lo que está tejiendo. ¿Qué es?

Gonzalo – No lo sabemos.

Carolina – Desde luego, parece que abriga mucho.

Pilar – Lo importante es que sea resistente.

Carolina – Ah, sí, claro. Eso también.

Entra María.

María – Después podría empezar a tejer una chaquetita para el bebé.

Carolina – ¿El bebé? ¿Quién va a tener un bebé?

María – Eso quisiéramos saber nosotros.

Blanca hojea la revista. De pronto, se le ilumina la cara.

Blanca – ¡Soy yo!

María – ¿Usted qué?

Blanca – ¡El concurso de *Tu Tiempo*! ¡Ha salido mi número! ¡He ganado el crucero!

Dani – ¿El primer premio? ¿El crucero por el Pacífico? ¿En el Cuesta Mucho?

Blanca – ¡El segundo! ¡El crucero por la Antártida! ¡En el Cuesta Poco!

Gonzalo – ¡Fantástico! ¡Qué suerte ha tenido!

Pilar – Afortunada en el juego...

Blanca – Es para dos personas. Puedo llevar a quien me dé la gana. ¿Qué, se han quedado sin palabras?

María – ¿Y qué se hace en un trasatlántico por la Antártida?

Dani – Piscina no creo que tenga...

Pilar – Igual tiene pista de patinaje.

Carolina – ¿Pero para qué quiere irse de vacaciones? Si aquí está siempre de vacaciones, ¿no?

Blanca – ¡Para cambiar de aires! ¡Aquí huele a cerrado!

María – ¿Y a quién va a invitar, Blanca?

Blanca – Ya se verá...

Gonzalo – Si necesita un caballero que la acompañe...

Blanca – ¿Que me sirva de algo? ¿Para qué puede servir ya usted, viejo cascajo? ¿Por lo menos sería capaz de cargar con mi maleta?

Entra Roberto y trata discretamente de besar o manosear a Carolina, que lo esquiva.

Roberto – ¡Pero qué contentos los veo! ¿Qué se celebra?

Dani – Blanca ha ganado un crucero. Por la Antártida.

Roberto no parece tomarse demasiado en serio ese proyecto.

Roberto – Muy bien, muy bien...

María – Ah, doctor, ¿puedo preguntarle una cosa?

Roberto – Por supuesto, María. Dígame.

María – En privado.

Roberto – Ajá...

María se lo lleva a un lado y le enseña la prueba de embarazo.

María – ¿Es positivo o negativo?

Roberto (*estupefacto*) – ¿Está usted embarazada, María?

María – ¡Yo no! Lo encontramos esta mañana en el sillón de Dani.

Roberto – ¿De Dani?

María – Bueno, tampoco es suyo, como comprenderá.

Roberto parece preocupado.

Roberto – ¿Me lo deja, María? Voy a investigar un poco.

María – ¿Me mantendrá informada?

Carolina – ¡Venga, hora de la siesta! ¡Todos a la cama!

Blanca – ¿La siesta? Pero si no tengo sueño.

Carolina – Son las normas.

Gonzalo – A sus órdenes, mi sargento. Tenía razón, Blanca: esto es casi como el ejército.

Blanca – ¿Ah, sí? ¿En la infantería de marina también es obligatoria la siesta con derecho a roce?

Los residentes salen. María olvida su chal sobre un sillón.

Roberto – ¿Es usted la que está embarazada, Carolina?

Carolina – ¿Perdón?

Roberto – ¿Esto es suyo?

Le enseña la prueba.

Carolina – ¿Y si lo fuera?

Roberto – No me diga que piensa quedárselo.

Carolina – No, pienso donarlo a Cáritas. Para los más necesitados que yo.

Roberto – Escuche, Carolina. Lo que pasó entre nosotros fue... un desliz.

Carolina – Un patinazo sin frenos, por lo visto, a juzgar por el resultado de esa prueba de embarazo.

Entra Natalia. Carolina se marcha.

Roberto – Ah, precisamente quería hablar con usted.

Natalia – Sí, yo también.

Roberto – ¿Está embarazada?

Natalia – ¡Dios mío, no! ¿Por qué?

Roberto – Perdone, no sé qué me ha dado.

María vuelve a buscar su chal. Ellos no la ven y aprovecha para escuchar la conversación.

Natalia – No. Lo que me preocupa es que... en los últimos tiempos, la tasa de mortalidad de nuestra residencia ha aumentado de una forma un tanto extraña. ¿No le parece?

Roberto – Tiene razón. En una residencia de mayores es normal que haya más defunciones que nacimientos, pero aun así...

Natalia – ¿Qué nacimientos?

Roberto – Y, normalmente, en esta clase de establecimientos uno está algo más protegido de las muertes violentas que en un instituto o en una comisaría de las afueras.

Natalia – Me está asustando, Roberto. Si sabe algo, dígamelo.

Roberto – Es por lo de Adela.

Natalia – ¿Adela?

Roberto – Parece que su muerte no fue... del todo natural.

Natalia – ¿Qué le hace pensar eso?

Roberto – No puedo asegurarlo, naturalmente, pero he encontrado ciertos indicios que me llevan a pensar que...

Natalia – ¿Qué indicios?

Roberto – Bueno, para empezar, las marcas de estrangulamiento que tenía alrededor del cuello.

Natalia – ¡No me diga!

Roberto – Después está el tenedor del comedor que encontré clavado en su abdomen.

Natalia – ¡Dios mío!

Roberto – Habría que hacerle una autopsia para determinar si además la envenenaron.

Natalia – ¿Quién puede querer asesinar a una persona de ciento tres años?

Roberto – Alguien de ciento dos, quizá, con la esperanza de convertirse en la persona más longeva del mundo.

Natalia – Esto es gravísimo, Roberto. Está en juego la reputación de nuestro centro. ¡Imagínese que la prensa se entera!

Roberto – Después de todo el esfuerzo que ha hecho para conseguir un puesto tan destacado en la Guía Michelin de Residencias de Mayores.

Natalia – Perderíamos nuestra tercera corona, que distingue a las residencias con al menos veinte centenarios.

Roberto – Y seguramente también nuestro tercer tenedor.

Natalia – ¿Cree que deberíamos avisar a la policía, pese a todo?

Roberto – No sé... La ley ya establece que interrumpir un embarazo de menos de tres meses no es un delito. Si forzamos un poco el razonamiento, podríamos considerar que poner fin a la interminable agonía de alguien de ciento tres años tampoco es exactamente un crimen.

Natalia – ¡La ley del Estado, Roberto! ¡No la de la Iglesia!

Roberto – Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos pegamos un tiro en el pie?

Natalia – Tiene razón... De momento, será mejor que llevemos a cabo nuestra propia investigación interna.

Roberto – Estoy de acuerdo, Natalia. Puede contar conmigo. Después de todo, vamos a casarnos, ¿no?

Natalia – En lo bueno y en lo malo...

Roberto – Falta saber quién ha sido y por qué.

Natalia – ¿Cree que el culpable puede ser alguien del personal?

Roberto – Es una posibilidad. Pero ¿por qué?

Natalia – ¿Eutanasia? Está muy de moda últimamente.

Roberto – Me cuesta imaginar a una enfermera estrangulando a una ancianita con una mano mientras le clava un tenedor en la barriga con la otra. Normalmente, la eutanasia es un acto de amor al prójimo, ¿no?

Natalia – No se pase... Ya sabe que el papa no ve con buenos ojos esas cosas.

Roberto – La Iglesia también acabará evolucionando en eso, como en tantos otros temas. Dentro de cinco o diez siglos, por lo menos. Eutanasia... Para empezar, el nombre tiene poca salida comercial.

Natalia – ¿Le parece?

Roberto – En «eutanasia» se esconde un «nazi»... o casi. Y desgraciadamente ellos fueron los primeros en industrializar el concepto. Después de eso, a ver quién lava la imagen.

Natalia – ¿Y cómo lo llamaría para hacer más agradable semejante práctica?

Roberto – Yo qué sé... Habría que encontrar algo menos... Algo más...

Blanca cruza la sala con una maleta en la mano. María huye discretamente para que no la descubran espiando.

Natalia – Pero ¿adónde va usted, Blanca?

Blanca – Me voy de crucero.

Natalia – Un momento. No puede marcharse así como así.

Blanca – ¿Por qué no?

Natalia – Tengo que avisar a su madre... Quiero decir, a su hija.

Roberto – Tendrá que firmar una hoja de descargo.

Blanca – ¿Una hoja de descarte? ¡Si me van a tirar a la basura, díganmelo directamente!

Natalia (*a Roberto*) – Voy a avisar a la familia.

Roberto – Vamos, Blanca, no va a abandonarnos así. Puede esperar hasta mañana, ¿no? Salga a tomar el aire a cubierta y, mientras tanto, yo le llevaré la maleta de vuelta a su camarote.

Blanca – Usted lo que quiere es llevarme al huerto... o al barco, ¿no?

Roberto – Además, en esos cruceros hay muchísima gente mayor. No sé si notará tanta diferencia con una residencia.

Blanca se sienta de mala gana. Roberto sale con la maleta.

Entran Gonzalo, Dani y Pilar.

Gonzalo – Blanca, parece que algo le preocupa. ¿Qué ocurre?

Dani – ¿Podemos ayudarla en algo?

Blanca – Tengo ochenta y seis años. ¿Pueden hacer algo contra eso?

Gonzalo – ¡Ochenta y seis! Le juro que no los aparenta en absoluto.

Dani – Como mucho le echaría ochenta.

Entra María.

María – ¿Se han enterado de la noticia?

Dani – Pues sí, está aquí con nosotros.

María – ¡Han asesinado a Adela!

Dani – ¡No!

María – Me lo han contado en dirección.

Pilar – ¿Se lo han dicho ellos?

María – Digamos que estaba en el sitio adecuado en el momento oportuno. El caso es que hay un asesino en serie entre nosotros.

Gonzalo – ¿Y cómo sabemos que se trata de alguien de aquí?

María – ¿A quién se le ocurriría venir expresamente a una residencia a asesinar ancianos?

Dani – Es verdad. Si fuera un campamento de verano, todavía... Pero ¿una residencia?

Pilar – ¿Un asesino en serie?

María – Últimamente los centenarios caen como moscas, ¿no se han dado cuenta?

Dani – ¿Quién podrá ser?

Gonzalo – Alguien del personal, quizá.

Entra Carolina.

Carolina – ¿Una infusión para hacer la digestión? ¿Manzanilla? ¿Tila? ¿Hierbaluisa?

María – Un asesino... O una asesina.

Dani – No, gracias, estoy bien.

María – Yo tampoco, gracias.

Carolina – ¿Hoy nadie quiere infusiones? Bueno, qué se le va a hacer...

Carolina se marcha.

María – ¿Una infusión? ¡Sí, hombre! ¡Un caldito para mandarnos al otro barrio!

Blanca – Y luego dicen que la loca soy yo.

María – Claro, a usted le da igual. ¡Usted se va de crucero!

Gonzalo – Y díganos, Blanca, ¿a quién se llevará consigo?

Dani – ¿Lo pregunta porque tiene miedo de quedarse aquí, capitán?

Pilar – ¡Pero el capitán debe ser siempre el último en abandonar el barco! Me acuerdo de cuando se hundió el Titanic...

Blanca – Veo que de repente el crucero por la Antártida tiene el viento a favor.

María – Mejor que quedarse aquí esperando a que te liquiden.

Blanca – Podríamos echarlo a suertes.

María – Escribimos nuestros nombres en papelitos, los metemos en el sombrero de Gonzalo y sacamos uno.

Gonzalo – Muy bien.

Gonzalo se quita el sombrero. María, Pilar, Dani y Gonzalo escriben su nombre en un papel y lo depositan en él, en un silencio casi religioso, mirándose con desconfianza.

Dani – ¿Una mano inocente?

Blanca – Tendrán que conformarse con la mía.

Tensión general. Blanca saca un papel del sombrero y lo despliega.

Blanca – Dani.

Dani respira con alivio.

Dani – Pues ya solo me queda desearles suerte a los que se quedan.

Regresa Carolina, seguida muy de cerca por Roberto.

Carolina – ¿Qué pasa aquí? ¿A qué vienen esas caras de conspiradores?

María – Estábamos jugando al Cluedo. Ya sabe cómo es, se caldean los ánimos.

Carolina – Ah... ¿Y quién era el asesino?

Pilar – La partida no ha terminado. De momento solo sabemos que el crimen fue en el dormitorio, con un tenedor.

María – Ah, vaya... No recuerdo habérselo contado a usted también.

Gonzalo vuelve a ponerse el sombrero y todos se marchan.

Roberto retoma en voz baja la conversación que había interrumpido con Carolina.

Roberto – Pero, Carolina, no puede quedárselo.

Carolina – ¿Y por qué no?

Roberto – Sabe que voy a casarme con Natalia.

Carolina – Haberlo pensado antes. ¿Y si le cuento que va a ser padre?

Roberto – ¿Cuánto?

Carolina – Tampoco he dicho que espere trillizos.

Roberto – ¿Cuánto quiere... para no tenerlo?

Carolina – ¿Veinte mil?

Roberto – Diez mil.

Carolina – Vale. Pero quiero el dinero ahora.

Roberto saca el talonario, extiende un cheque y se lo entrega.

Roberto – ¿Me da su palabra?

Carolina – Siempre que el cheque tenga fondos.

Carolina se marcha.

Roberto – Bueno, un problema menos... Y siempre sale más barato que pasar una pensión de alimentos.

Se marcha también. Vuelve Blanca, seguida de Cristina y Álex.

Cristina – Pero vamos a ver, mamá. ¿A qué viene ahora esa historia del crucero?

Álex – Blanca, usted ya no está para expediciones por la Antártida.

Blanca – ¡Los cruceros se inventaron especialmente para los viejos! Si no, ¿por qué iban a anunciarlos en *Tu Tiempo*?

Álex – Sí, pero... hay viejos y viejos.

Cristina – Además, los cruceros son peligrosos. A veces los barcos se hunden.

Álex – En alguna parte del mundo se hunde uno casi cada mes.

Blanca – A mi edad, todos los días intentas no irte a pique. Y cada día hay menos posibilidades de salir con vida.

Cristina – Siempre viendo el lado malo de todo.

Álex – ¿Es que aquí no está a gusto?

Blanca – ¿Cómo? ¿Es que no os habéis enterado?

Cristina – ¿De qué?

Blanca – ¡Esto es una película de terror! ¡El médico hace experimentos genéticos con los residentes y la auxiliar es una asesina en serie!

Entra Natalia.

Natalia – Mire, he consultado la revista *Tu Tiempo*. ¡Los resultados del concurso ni siquiera se han publicado todavía!

Cristina – ¿Está segura?

Natalia – Hasta he llamado por teléfono para comprobarlo.

Cristina (*a Blanca*) – Pero mamá, ¿por qué te has inventado una historia semejante?

Blanca – No sé... Esto es un aburrimiento mortal. Era para animar un poco el ambiente.

Álex – Pues vaya si lo has conseguido.

Natalia – Siento que hayan tenido que venir para nada.

Cristina – No, por favor, no se disculpe.

Álex – Bueno, ya se lo advertimos. Todavía le queda bastante de actriz.

Natalia – Voy a acompañarla a su habitación.

Cristina besa a su madre.

Cristina – Venga, adiós, mamá.

Blanca (*en voz baja*) – Pero lo de la asesina en serie es verdad, te lo juro... ¡Tienes que sacarme de aquí como sea!

Cristina – Claro, mamá.

Álex besa también a Blanca.

Blanca (*todavía en voz baja*) – Avisen a la policía... Pero no digan nada delante de la directora. ¡Pertenece a una secta satánica!

Álex – De acuerdo, así lo haremos.

Natalia – Venga, venga, Blanca, nosotros nos ocuparemos de usted.

Natalia coge a Blanca del brazo y se la lleva. Cristina se vuelve hacia Álex.

Cristina (*suspirando*) – Esta mujer nos las va a hacer pasar todas.

Álex – Todo irá bien, tranquila. Le pondrán una inyección y dormirá como un angelito hasta mañana.

Cristina – ¿Tú crees que les ponen inyecciones para dormirlos?

Álex – No sé, supongo... Yo lo haría.

Álex abraza a Cristina para consolarla.

Cristina – Hablando de dormir como un bebé... No sé si este es el momento ni el lugar, pero tengo algo que decirte.

Álex – ¿Qué?

Cristina – Pues que durante el próximo año es muy posible que no pegues ojo por las noches.

Álex (*con euforia*) – ¡No me digas!

Cristina – ¡Ha funcionado! Estoy embarazada.

Álex – ¡Pero eso es maravilloso!

Cristina – A mi edad, es casi un milagro... Quería esperar a los resultados del análisis de sangre para estar completamente segura. Por cierto, no sé qué he hecho con la prueba de embarazo. Debí de perderla aquí esta mañana.

Álex – ¿Niña o niño?

Cristina – Para saber eso aún es pronto. Pero el médico me ha dicho que está casi seguro de que es un ser humano. ¡Vamos a tener un bebé!

Álex – ¡Eso hay que celebrarlo! ¡Te invito a cenar fuera!

Se disponen a salir. Álex saca un puro.

Cristina – No irás a encenderlo aquí...

Álex – A su edad, un poquito de humo ajeno tampoco va a acortarles mucho la vida.

Cristina – Lo decía por el bebé.

Álex guarda el puro.

Álex – Tienes razón. Esperaré a estar en la calle para encenderlo.

Cristina – Y pensar que ahora tendremos que empezar a buscar una plaza en una guardería...

Álex – ¿Tan pronto?

Cristina – ¡Es como con las residencias! En las guarderías también hay lista de espera.

Cristina y Álex se marchan.

Entran Roberto y Natalia.

Natalia – ¿Sospecha de alguien en particular?

Roberto – Tal vez de una auxiliar de enfermería.

Natalia – ¿Carolina?

Roberto – ¿Por qué no?

Natalia – Usted me dijo que no creía en la hipótesis de la eutanasia por la forma en que se cometió el crimen. Es verdad que una inyección letal es bastante menos sucia.

Roberto – Quizá utilizó un tenedor para despistarnos.

Natalia – Pero un tenedor del comedor... Para aliviar por compasión el sufrimiento de alguien...

Roberto – Puede que actuara por encargo. A cambio de dinero.

Natalia – ¿Una sicaria?

Roberto – Tengo buenas razones para creer que esa Carolina es perfectamente capaz de matar por dinero.

Natalia – ¿Quién iba a odiar tanto a una centenaria? ¿Sus herederos? Sabrían que no le quedaba mucho tiempo. Unos meses más no les cambiarían la vida.

Roberto – Pero piense en los que esperan a que quede una plaza libre aquí para librarse de su madre. ¡Hay gente capaz de matar por conseguir una plaza en una guardería! Imagínese en una residencia.

Natalia – ¿La hija de Blanca?

Roberto – O su... pareja.

Natalia – Es verdad que tiene un aire un poco extraño.

Roberto – Mmm... Yo diría que de género bastante indeterminado.

Natalia – Bueno, tampoco podemos descartar las demás hipótesis. ¿Tiene nuevos datos sobre la víctima?

Roberto – La autopsia improvisada que he hecho con los medios que tenemos aquí revela que Adela murió después de comer espaguetis a la boloñesa.

Natalia – ¿Cree que podría haber sufrido también una intoxicación alimentaria?

Roberto – No lo creo. Yo comí lo mismo anoche y he sobrevivido.

Natalia – ¿Algo más de interés?

Roberto – Sí. Antes de que le clavarán un tenedor en el estómago, estrangularon a Adela con una bufanda tejida a mano. Le encontré una hebra de lana incrustada en el cuello.

Natalia – Tejer... Esa es una pista interesante. Creo que deberíamos interrogar también a los demás residentes.

Roberto – Después de cenar, entonces. Ahora están todos en el restaurante.

Natalia – ¿Y qué hay de menú esta noche?

Roberto – Espaguetis.

Natalia – ¡¿Otra vez?!

Roberto – Sobraron de anoche. Y como la mayoría ni se acuerda de lo que comió el día anterior...

Natalia – Pues a lo mejor pedimos comida china.

Oscuro.

Noche

Ambiente de comisaría, casi de Gestapo. Como en las series americanas, Roberto come comida china con palillos, directamente de un envase de cartón. Natalia hace de poli mala y somete a María a un interrogatorio brutal. María va en pijama de rayas y, a ser posible, sentada en una silla de ruedas, con una lámpara de escritorio apuntándole a la cara. Natalia se ha convertido en una auténtica torturadora. Blande el tenedor, que constituye la principal prueba del crimen.

Natalia – Así que reconoce haber visto antes este tenedor del comedor.

María – Pues sí.

Natalia – ¿En la escena del crimen?

María – Pues no.

Natalia – ¿Ah, no? ¿Entonces dónde?

María – ¡Pues en el comedor!

Natalia – ¡No me tome el pelo, María!

María – ¡Es un tenedor del comedor! Mire, aún tiene salsa boloñesa pegada.

Roberto (*interviniendo*) – Eso, querida María, es cualquier cosa menos boloñesa, créame.

María (*bostezando*) – Yo me iría ya a la cama, que me está entrando sueño...

Natalia – No tengo prisa. Puedo quedarme toda la noche, si hace falta.

María – Normalmente a las ocho y media ya estamos acostados.

Natalia – Entonces volvamos al principio. Apellidos, nombre, profesión, fecha y lugar de nacimiento.

María – ¿Puedo tomarme ya la tila? Siempre me la tomo viendo mi serie policíaca de la tele.

Natalia (*perdiendo los nervios*) – ¡Habla de una vez, zorra!

Roberto le indica con un gesto que se calme y toma el relevo, haciendo de poli bueno.

Roberto – Vamos, María. Usted me conoce, ¿verdad? No quiero hacerle daño. Soy su médico. ¿Por qué no nos cuenta tranquilamente lo que sabe?

María – ¿Sobre qué?

Roberto – Por ejemplo, ¿ha visto últimamente a alguien tejiendo?

María – He visto a Pilar tejer una bufanda de lana... que parecía más bien una sogá.

Roberto intercambia una mirada significativa con Natalia.

Roberto – Pilar...

Natalia – Pero ¿por qué habría hecho algo así?

Roberto (*a María*) – ¿Tenía Pilar algún motivo especial para odiar a Adela?

María – Bueno... Hace mucho tiempo que Pilar espera que quede un sitio libre en la mesa del capitán.

Roberto – ¡Claro, ahora lo entiendo! Adela muere y Pilar consigue sentarse a la mesa. Es lógico.

Natalia – Pilar... Yo habría puesto la mano en el fuego por ella.

Roberto – Pues ahora tendremos que conseguir que confiese. Con confesionario o sin él.

Natalia – Ya puede retirarse, María. Ha cumplido con su deber.

María se marcha refunfuñando.

María – Espero que no haya terminado mi serie... Llevo semanas esperando a saber quién es el asesino.

Roberto – Vamos a buscar a Pilar, antes de que se cobre otra víctima.

Salen Natalia y Roberto. Entra Dani, se sienta en su sillón y se pone a leer Tu Tiempo. Entra Pilar con la bufanda en la mano.

Pilar – Qué suerte tiene, Dani. Le ha tocado a usted acompañar a Blanca en el crucero.

Dani – No le oculto que me he quitado un peso de encima. Me da tanto miedo que nos envenenen... Creo que los espaguetis a la boloñesa me han sentado un poco mal.

Pilar – Sí, a Adela también se le quedaron bastante atravesados.

Dani – Y eso que me encantan... Es una pena que no los pongan más a menudo. Oiga, ¿ya ha terminado la bufanda?

Pilar – Sí.

Dani – ¿Para quién es?

Pilar – ¡Para usted! Le vendrá muy bien para el crucero por la Antártida. Déjeme ponérsela para ver cómo le queda.

Pilar se levanta y empieza a estrangular a Dani por detrás, pero entran Natalia y Roberto y presencian la escena, que confirma sus sospechas.

Roberto – ¡La hemos pillado con las manos en la masa!

Natalia – Dani, déjenos un momento, por favor.

Dani – Pero...

Roberto – ¡Lárgate de una vez!

Dani se va.

Roberto – ¿Ahora Dani? ¿Y por qué?

Pilar – ¡Para irme yo de crucero en su lugar! Siempre me han encantado los cruceros. ¿Les he contado que viajaba en el Titanic cuando se hundió?

Roberto – ¿Y qué hacemos con ella?

Natalia – No lo sé.

Roberto – ¿Entregarla a la policía, a su edad?

Natalia – Aunque, desde luego, tejer el arma homicida demuestra cierta premeditación.

Pilar – La demencia senil sirve muy bien como atenuante, ¿saben?

Roberto – Tal vez sea mejor resolverlo internamente.

Natalia – ¿Cuántos años tiene usted, Pilar?

Pilar – Cumplí los cien la semana pasada.

Natalia – Sin ella nos quedamos en diecinueve centenarios... ¡Y perdemos la tercera corona de la Guía Michelin de Residencias de Mayores!

Roberto – Menuda suerte tienes, cabrona...

Natalia – Al menos hasta que otro residente sople las cien velas.

Pilar – Si no le ocurre ninguna desgracia antes...

Natalia y Roberto la miran, inquietos.

Oscuro.

Un año después

Natalia, Roberto y Carolina ocupan tres de los sillones. Están agotados y parecen haber envejecido prematuramente.

Natalia – No puedo más...

Roberto – Y todavía no son ni las doce...

Carolina – Acabarán con nosotros...

Natalia – Qué ganas tengo de jubilarme...

Entran los cinco residentes, visiblemente rejuvenecidos.

María – Pero bueno, ¿qué les pasa? ¡Parecen muertos vivientes!

Roberto – En cambio, a ustedes les ha sentado de maravilla el crucero.

Blanca – Sí, estamos como nuevos. ¿Verdad, capitán?

Gonzalo – Hemos rejuvenecido veinte años.

Dani – Esto va a acabar en boda, ya lo verán...

Pilar – Y esos productos antiedad hechos con medusas que nos han traído...

Dani – ¡Eso sí que es espectacular!

Entran Cristina y Álex con un capazo en el que, supuestamente, hay un bebé.

Cristina – ¡Hola, hola!

Natalia – Señoras, señores...

Álex – Señora directora...

Cristina – ¿Cómo está? Se la ve un poco cansada.

Natalia – Tenían ustedes razón. ¡Son ellos los que acabarán enterrándonos a todos!

Álex – Su nieto, Blanca.

Blanca – Ah, sí... ¿Y por qué está tan arrugado?

María – Es verdad, parece que tiene más arrugas que nosotros.

Gonzalo – Pues más le valdría estar en plena forma.

Pilar – Es él quien tendrá que pagarnos la pensión.

Gonzalo – Ustedes tampoco parecen muy descansados, ¿eh?

Álex – Es que el granuja todavía no duerme de un tirón...

Dani – No hagan tanto ruido, ¿no ven que está durmiendo?

Gonzalo – Se parece a su madre, ¿no?

Pilar – ¿Y quién es el padre? (*Pausa incómoda.*) ¡Que es broma!

Dani – Bueno, ¿y qué podemos desearle a este niño?

María – Capitán, ¿unas palabras de bienvenida?

Gonzalo se aclara la garganta y empieza su discurso.

Gonzalo – Si la vejez es un naufragio, como decía Chateaubriand, citado por De Gaulle, es porque la vida es un crucero a bordo del Titanic. Unos se tumban al sol en la cubierta mientras otros reman en la bodega. Pero todos acabaremos sirviendo de alimento a las medusas. Así que, mientras esperamos el inevitable encuentro con un iceberg, quienes puedan permitírselo harán bien en hacer tintinear los hielos de su copa al son de la orquesta.

Brindan.

Todos juntos (*mirando hacia el capazo*) – ¡Bienvenido a bordo!

Suena música. Empiezan a dar unos pasos de vals.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París – Noviembre de 2011

ISBN 978-2-37705-050-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.